

Chema Rodríguez

El diente de la ballena

**Tres viajes nómadas a los confines de
América, África y Asia**

Lee el inicio y el primer capítulo de cada uno de los tres viajes:

El diente de la ballena

El sueño del peyote

Nueva Orleans: libertina, transgresora, diabólica...

A orillas del Níger

La puerta de África Occidental

Hijos del Gran Kan

Un verano moscovita

El diente de la ballena

Un diente de ballena me protege en los viajes; me lo regaló una mujer *cuna* en la isla del Tigre en el archipiélago de San Blas, Panamá. Durante las dos semanas que viví en su casa tuvimos tiempo de hacernos confidencias; y en aquellas conversaciones, sentados frente al mar, le hablé de tres viajes que estaba a punto de emprender. Ella era *nele*, una especie de chamán, y me aseguró que, con aquel amuleto, podría llegar tan lejos como quisiera.

Pero todo comenzó unos años antes. Esos tres viajes son el único recuerdo que conservo de los meses en que estuve trabajando como *courier*: recogía en Madrid las sacas del correo urgente y volaba por Europa y América haciendo el reparto. Pasaba horas interminables en los aeropuertos, sobre todo en el de Barajas, y allí me entretenía mirando la información con las entradas y salidas de los vuelos. En aquel tiempo, no existían pantallas informatizadas sino un gran panel frente a los mostradores de facturación. Era negro y los destinos se formaban por medio de unas tablillas con letras que daban vueltas hasta crear palabras. Cada vez que cambiaba una ciudad, las tablillas se revolvían y las frases asomaban con suspense, de izquierda a derecha, dejando un intervalo para la incertidumbre. Tomaba asiento frente al panel y esperaba que comenzase el carrusel de letras. Cuando se paraba y aparecía el nombre de la nueva ciudad, imaginaba qué viajes sería posible realizar desde ese punto. Debían ser recorridos con final en regiones apartadas donde viviesen pueblos tan diferentes que me viese obligado a cubrir largas distancias para alcanzarlos.

Y, una vez allí, permanecer hasta romper el hechizo de la ensoñación. El viaje suele ser un ejercicio de movimiento sin reposo, una loca carrera por capturar instantes que

idealizamos; el deleite de un olor, de una visión que dura segundos y se desvanece; miles de kilómetros a la búsqueda de momentos esenciales que, en todo caso, son ciertos sólo en la mente de quien los concibe. El viajero es un experto en idealizar paisajes, hombres y hasta palabras, alguien con facilidad para convertir en imprescindible lo cotidiano de otros.

Quería hacer viajes provocados por esa ensoñación, pero quedarme el tiempo suficiente como para descender de los sueños a la vida cotidiana. Llegar a regiones habitadas por hombres que aún conservan conocimientos y formas de ver el mundo que algún día, no hace mucho, pertenecieron al conjunto de la humanidad. No pretendía buscar “tribus”, ni curiosidades, sino hombres, que además de politeístas o polígamos, oyen la radio, beben cerveza, se enamoran y sufren como cualquier otro.

Fue en la isla panameña donde recuperé la idea de hacer esos viajes que surgieron en el aeropuerto; había viajado por distintas latitudes del mundo y sentía que cada año que pasaba, cada nueva ciudad que conocía, los lugares se asemejaban tanto unos a otros que pronto iba a ser más útil recordar que trasladarse. Ése era el momento de acudir a la cita. Elegí tres ciudades en distintos continentes: Nueva Orleans, Dakar y Moscú, y pensé en recorridos que, desde allí, me llevaran al encuentro de hombres y sociedades tradicionales. De alguna manera, serían viajes de la modernidad a la tradición. Salí de la isla del Tigre convencido de que aquel diente podría serme útil.

El sueño del peyote

He de reconocer que siento fascinación por los Estados Unidos, interés que se inició al saber que las tierras sobre las que se asienta la Casa Blanca pertenecen a mi familia. A finales del siglo XVIII, un antepasado mío de nombre José de Jaudenes y Nebot desembarcó en la costa este norteamericana con el mandato de servir al rey de España como cónsul encargado de negocios. Entre otras variopintas funciones, Jaudenes se asignó la de conasegurador. Si alguien deseaba comerciar con España o aspiraba a favores oficiales, don José era su hombre, y al parecer no tenía fama de ser desprendido a la hora de cobrar por mover los hilos que manejaba. Sus contactos en las altas esferas de la joven nación norteamericana incluían a personajes como Jefferson o al mismísimo George Washington, con quien se reunía regularmente para despachar asuntos derivados de las relaciones con España, que por aquel entonces eran excelentes. El precio por sus servicios extraconsulares los cobraba en especies utilizando como tapadera a John Stoughton, padre de la mujer con la que contrajo matrimonio durante su estancia en Estados Unidos. Los Stoughton eran unos aristócratas venidos a menos que huyeron de Inglaterra durante las persecuciones religiosas que azotaron Europa en el siglo XVII. John y José, a lo Rinconete y Cortadillo, hicieron fortuna trabajando con profesionalidad el negocio del tráfico de influencias, y en una de esas operaciones el cliente ofreció como pago ciertas tierras baldías junto al río Potomac, en un pueblucho subdesarrollado y provinciano. Cuando los padres de la patria norteamericana decidieron que era necesario centrar los asuntos de estado en una ciudad que cumpliera esa función, decidieron hacerlo en ese pueblo provinciano al que convinieron en llamar Washington D.C. Encargaron su planificación al francés Pierre Charles L'Enfant, que colocó

la mansión presidencial justo sobre los terrenos que con tanto sudor habían conseguido mis antepasados, aunque nadie percibió el hecho hasta muchos años después de muertos John Stoughton y José de Jaudenes.

El gobierno de los Estados Unidos negó siempre esta historia a pesar de que Truman, preguntado por el tema, contestó: “Algo hay, pero no es para tanto como dicen esos españoles”. La herencia incluía las tierras y millones de dólares que nunca llegaron a España. A lo largo del siglo han ido apareciendo descendientes lejanos, cercanos y ficticios, reclamando su parte del botín. Algunos se fueron a buscarlo y no volvieron. La “historiadora” familiar Carlota de Altolaguirre escribió un libro sobre el asunto afirmando que la herencia estaba maldita y que habían muerto varios al intentar encontrarla. Según cuenta en el libro, fue cierta noche, tras observar un OVNI en su chalet a las afueras de Madrid y hablar con el espíritu de Stoughton en una sesión de espiritismo, cuando supo que sólo ella estaba destinada a descifrar el secreto de la herencia americana.

Es innegable que mi relación con los Estados Unidos va mucho más allá de lo habitual entre el visitante y su país visitado, y por ello debería, quizás, disfrutar de un trato de favor a la hora de ingresar al país. No me refiero a un visado diplomático ni a un permiso de importación ilimitado, eso lo tiene cualquiera, sino a algo más familiar. Algo parecido a una credencial que, al enseñarla, los funcionarios eviten molestar con insidiosas preguntas al casero de América.

Pero no fue ésa la razón por la que había elegido Estados Unidos y Nueva Orleans como punto de partida para el primero de los tres viajes que me llevarían a los lugares más recónditos del planeta. Si se trataba de viajar desde la modernidad a la tradición, no hay país que represente mejor los tiempos que corren ni ciudad que se aferre con tanto ímpetu al recuerdo del pasado. Estados

Unidos no se parece a ningún otro país en el mundo, aunque el mundo esté empeñado en parecerse a los Estados Unidos. Nueva Orleans, además, está en Estados Unidos, pero no es norteamericana; siempre ha sido extranjera, una isla de buen gusto en la que todo se permite. No hay otra ciudad de la Unión en la que se vea tanta gente de tantos sexos llenando bares día y noche o paseando bajo sensuales balconadas de hierro forjado. Nueva Orleans era un buen sitio para iniciar mi particular descenso hacia el sur. Quería cruzar la madre de todas las fronteras, la línea que separa como ninguna el sueño de la desesperanza. Hundirme, desde el país más rico del mundo, en el corazón de la Sierra Madre mexicana donde viven los huicholes.

Desde el mismo avión se descubre que Estados Unidos es un país extraordinario, y no lo digo en el sentido benevolente del término sino en el más estricto de la palabra. Extraordinario, fuera de lo común, capaz de sorprender como si detrás de cada personaje se escondiese un marciano y de cada suceso un telefilm. Siempre me ha llamado la atención esa habilidad del norteamericano para evitar el término medio. Si un plato no lleva ocho salsas carece de sabor, alguien obeso lo es a partir de ciento cincuenta kilos; la torre más alta, el peine sin púas o el helado más frío se encuentran en Estados Unidos y, si no lo están, ya se encargarán de arreglarlo.

Aunque los vuelos transoceánicos no suelen ser apasionantes sino asépticos, la tarde en que embarqué hacia América, Continental Airlines me regaló un espectáculo por el que habría pagado un suplemento. Ofrecía en su programa audiovisual *Independence Day*, película que revela como pocas el subconsciente norteamericano. En vísperas del 4 de julio, enormes naves espaciales invaden la tierra y el presidente de los Estados Unidos tranquiliza a la población en mensajes televisados para todo el planeta. Los alienígenas aparecen como seres despiadados que destruyen

las ciudades más importantes del mundo. En el momento más crítico, el presidente da un discurso sobre la libertad, la democracia y las luchas contra las fuerzas del mal. Él mismo toma un avión y despegamos para dirigir el combate. Justo en ese momento, mis compañeros de vuelo, mayoritariamente norteamericanos, irrumpieron en una atronadora ovación seguida de vítores y entusiastas puñetazos al aire. Por un instante, yo mismo hice ademán de seguirles en la algarabía, aunque reaccioné agarrándome con fuerza al asiento. A pesar del regocijo, las cosas no pintaban nada bien para nuestros intereses. Los invasores se hacían con el control de la situación y la tierra estaba a punto de ser destruida. Entonces, en un ataque de lucidez, uno de los protagonistas introdujo un virus informático en el sistema de defensa enemigo provocando la aniquilación de las hordas invasoras. Las fuerzas del bien triunfaban de nuevo. Levantaron la pantalla y encendieron la luces, pero en el aire quedó una sensación de reposo que invitaba a pensar que no estamos solos, que los grandes valores sobre los que se ha construido nuestra sociedad no están en peligro. ¡Que Dios bendiga a América!

Y ahí debajo estaba América. Desde el aire, la costa norteamericana no se asemeja a ningún otro país. Acaba el mar y comienza un sinfín de áreas residenciales, autopistas, complejos deportivos, más zonas residenciales, centros comerciales y otra urbanización unida a una gran autopista de seis carriles. De vez en cuando, un grupo de rascacielos, apilados como si no hubiese sitio más que hacia arriba, indica que se vuela sobre el centro de alguna ciudad, de cualquiera de ellas, es igual, son todas idénticas. No parece haber transición, sólo asfalto, cemento y neón, sin caminos que obliguen a mancharse los pies de barro. Pero el espacio aéreo tampoco invita al reposo; mirando por la ventanilla, se observa en las capas inferiores un caótico devenir de helicópteros, aviones, avionetas y todo tipo de objetos voladores difícilmente identificables que viajan en todas

direcciones estresando el aire. El tráfico aéreo debe estar regulado por alguna fuerza sobrenatural.

Antes de aterrizar, la azafata nos entregó los formularios que daban acceso a la tierra prometida. Los tomé sin rechistar, aún no dispongo de la credencial, y creí poco útil explicarle quién era yo. La declaración de aduana no planteaba grandes dificultades; en cambio, la de inmigración contenía preguntas que no podían tener otro objetivo que provocar un cortocircuito cerebral: “¿Ha consumido, transportado o vendido algún tipo de estupefaciente? ¿Ha pertenecido o pertenece al Partido Comunista? ¿Tiene sida o alguna otra enfermedad contagiosa? ¿Participó durante la Segunda Guerra Mundial en el holocausto nazi? ¿Ha pensado alguna vez en mantener relaciones sexuales con el Pato Donald?”. No probé a contestar afirmativamente ninguna de las preguntas, pero imaginaba lo difícil que sería entrar respondiendo que sí a la tercera y a la quinta. Lo último que querían los americanos es que el Pato Donald contrajese el sida. Estados Unidos es, sin duda, un país extraordinario.

Nueva Orleans: libertina, transgresora, diabólica...

A las cinco en punto arriaron las banderas en Jackson Square. Primero la norteamericana, después la de Nueva Orleans y por último la francesa y la española. Era una tarde cálida a primeros de diciembre. Había aterrizado pocas horas antes y buscaba un banco donde sentarme, pero no uno cualquiera, quería aquel junto a un árbol en el que Faulkner afirmaba que escribía sus poemas. Faulkner sentía atracción especial por los árboles y los caballos, que le gustaba observar desde su atalaya del viejo barrio francés de Nueva Orleans: “Me gustan el silencio, los caballos y los árboles”. Di varias vueltas por la plaza sin encontrar más caballo que el de bronce encabritado sobre el que saludaba su triunfo independentista el general Jackson. Respecto a

árboles y bancos, los había por toda la plaza, pero todos solitarios. Decidí sentarme en un banco sin árbol al lado de cuatro negros que tocaban jazz. El del saxo era espigado, nervioso y hablaba por los codos cuando retiraba los labios de la boquilla. En su costado sonaba la tuba y dos pasos más allá, otro músico, con apariencia de boxeador, manejaba el clarinete con una habilidad impropia de su morfología. Detrás de ellos, pegado a la verja de la catedral, completaba el cuarteto un batería cuyo color de piel no era blanco ni negro ni se parecía a cualquiera de las combinaciones que tiene prevista la naturaleza. Interpretaban una música febril, marcando notas y gestos de forma multiplicadora; puro jazz, música libertaria y barroca que saca el mundo a la superficie. Comenzaban juntos la melodía para romperse luego con lujuria en el éxtasis de un solo de saxo o de clarinete que destejía el orden sublimando el arte. Al rato de estar tocando, se acercó un hombre blanco que, sin mediar palabra, sacó otro saxo de un estuche y se sumó al grupo. Había venido a la plaza buscando la sombra de un escritor y me daba de bruces con el jazz. Más tarde apareció una mujer esbelta, de piel brillante, que rompió el aire con su voz ronca. Nadie pedía paso, el clarinete se desangraba, apareció una trompeta añadiendo trémolos, cadencias, variaciones que ardían sin amaneramiento. Un borracho se lanzó a la arena moviendo los pies e insinuando pasos imposibles para su estado. Era la vida, caótica y ordenada; absurda, trivial y mestiza. Era el jazz y estaba en Nueva Orleans.

La historia moderna de Louisiana comenzó cuando el español Hernando de Soto llegó al río Mississippi y descubrió que no había en la zona ciudades fabulosas ni riquezas de consideración. Eso desalentó a las potencias coloniales de la época, España, Francia e Inglaterra, que dieron de lado un territorio al que sólo usaron como moneda de cambio en sus disputas europeas. Franceses y españoles, alternándose en la regencia, vendieron amplias

parcelas de tierras en las llanuras cercanas al mar. En el siglo XVIII los hacendados convirtieron esas tierras en plantaciones de caña de azúcar proveniente de Santo Domingo e importaron como mano de obra a ex-convictos europeos. Más tarde llegarían los primeros esclavos africanos. Nueva Orleans se convirtió en el epicentro del mercado humano que floreció en el sur, en el punto de encuentro para tramposos y buscavidas que, desde el río o en galeones piratas, confluían en la ciudad para gastar su dinero en los únicos prostíbulos permitidos de Norteamérica. A orillas del Mississippi se desarrolló un mundo influido por el universo mágico de los negros y la suntuosidad de los criollos de origen europeo, que levantaron lujuriosas mansiones imitando templos griegos o casonas españolas. Esa mezcla explosiva alimentó la imaginación y creó enconados conflictos raciales que han perdurado hasta nuestros días.

A lo largo del siglo XX, miles de homosexuales, artistas y otras minorías rechazadas por la sociedad bien pensante encontraron en la ciudad un lugar donde vivir. A pesar de los conflictos, Nueva Orleans, en un país de fundamentalistas religiosos, televisivos y gastronómicos, representa no la libertad sino la tolerancia, no el progreso sino la creatividad. Nueva Orleans es libertina, transgresora, voluptuosa y diabólica, una vacuna contra la mediocridad. ¿Qué otra ciudad podría tener como héroes locales al pirata Jean Laffite y a la reina del vudú Marie Laveau?

El concierto terminó con una docena de músicos y el mismo desorden con el que había comenzado. Cada cual pasó su gorra y terminó costándome igual que si hubiese escuchado en directo al propio Bruce Springsteen. La plaza hervía en esa última hora de la tarde sin que nada pareciera haber cambiado en esencia. Los mismos buscavidas que llenaban los vapores del Mississippi seguían citándose en

Jackson Square, aunque ahora con una puesta en escena más sofisticada. Shanan leía las palmas. En un cartel sobre su tenderete afirmaba que la mano es el órgano de todos los órganos, el agente pasivo de todos los poderes. Chizal hacía lo propio con el antiguo tarot egipcio, situando a los clientes en mullidos cojines sobre cubos de pintura. Zanval veía el futuro en su bola de cristal, sobre una mesa de camping con asientos abatibles y capacidad para cuatro víctimas. Mantel rojo brillante, camisa roja, pantalón rojo; guantes acanalados, anillos, cruces, estrellas, pendientes de plata; ojos y cara pintados con signos esotéricos, barba canosa y un rabo a la altura de la rabadilla que no ocultaba sus intenciones de imitar a Belcebú. Enfrente mataba moscas el pobre Alexis, cuyo austero despliegue de medios no auguraba nada bueno sobre su futuro como quiromante. Usaba de asiento cajas de cerveza rescatadas del vertedero y por atuendo una camisa que debió ser blanca varias semanas atrás. Algo más allá, una momia sin nombre se anunciaba con este escueto mensaje: “Cuarenta años de experiencia. La vida está en tus manos”. Debía tener cuarenta años de experiencia con las cartas y otros cuarenta dedicados a cualquier otra actividad. El perímetro completo de la plaza estaba ocupado por personajes que parecían sacados de *Alicia en el país de las maravillas*. Entre ellos destacaba otro vidente que, huyendo de la sofisticación, anunciaba: “Tarot real, sin fantasías ni costumbres deslumbrantes”. Su única concesión estética era la boina con pin del Che Guevara. Detrás de todos, sentado junto a la estatua de Jackson, un joven rubio y de aspecto saludable leía a voz en grito párrafos de algún texto determinista: “La necesidad de la razón subordina la conciencia mágica. Sólo la ciencia sacará al hombre del pozo oscuro de la superstición. Abandonad la fe ciega en aquello que no existe, no permitáis que la ignorancia apague lo único que nos separa de los animales, la inteligencia...”. Nadie le prestaba atención, pero él se levantaba y espoleaba los brazos martilleando a quienes paraban junto a Zanval o

Chizal. Antes de abandonar la plaza compré el *Times New Orleans* por la noticia de portada: “Detenidos cinco jóvenes acusados de participar en un culto de vampirismo en el que mataron al padre de uno de ellos para chuparle la sangre”.

A orillas del Níger

Me había preguntado alguna vez si era posible escribir sobre África sin recurrir al horror. Y la respuesta era que sí, que se podía y se debía. La presencia africana en los grandes medios de comunicación está marcada por la búsqueda de la lágrima fácil, del morbo por el machetazo en la nuca, de profesionales impúdicos que cuando han captado la ración de horror que necesitan se marchan a editar desplegando su maleta cargada de tópicos. Esa África del horror existe, es real, hasta los tópicos impúdicos son ciertos. Pero hay otra África, existen muchas Áfricas escondidas en un enorme continente con más de medio centenar de países delineados artificialmente y habitado por quinientos millones de negros, blancos, tostados y amarillos. Hay, sobre todo, un África compleja que ha albergado civilizaciones fabulosas y que a nuestros ojos vive encasillada entre la idealización y el rechazo.

Quería que mi viaje africano de la modernidad a la tradición incluyese dos elementos no negociables: una cara alegre y Tombuctú. Esa palabra me perseguía desde la infancia. La vi escrita por primera vez en un cómic cuyo héroe cruzaba el desierto para robar el tesoro de un rey negro que se comía a sus enemigos. Luego me tropecé con ella en muchos de los libros que leía. A menudo encontraba un personaje que la nombraba pero ninguno sabía muy bien dónde ubicarla o si en realidad existía. Un día, como Conrad, fui al mapa, puse mi dedo sobre él y la ubiqué, quería ir allí. La cara alegre surgió de casualidad. Estaba buceando en la biblioteca de mi amigo José Luis a la búsqueda de información sobre el Preste Juan, cuando me topé con uno de esos libros de fotos que saldan en las grandes superficies por mil pesetas. *Los últimos nómadas africanos* era el título. En la portada aparecía un muchacho

joven con el rostro cubierto de maquillaje y ataviado con ricos adornos de plata. Tenía la boca abierta, con los dientes apretados como queriendo mostrar su blancura. Se trataba de un bororo. “Ningún otro pueblo africano es comparable a ellos; se encuentran entre los más sensibles y los de espíritu más refinado de todos los pobladores del continente. Ya sólo lo estilizado de su físico les diferencia de otros grupos; la vida nómada les ha moldeado. La creatividad de los bororo se manifiesta en sus adornos, en sus bailes y en la forma de pintarse. En concursos anuales, los hombres se presentan como criaturas delicadas, cogidos de la mano y recitando versos...”. Así describía la introducción a los bororo.

Dejé al Preste Juan tranquilo y me puse a leer el libro. Ese concurso anual del que hablaba correspondía a las fiestas de matrimonio que se celebran cuando terminan las lluvias. Durante el año, las familias trashuman a la búsqueda de pozos donde dar de beber a sus rebaños. Al acabar las penalidades de los meses de la temporada seca, los hombres se sientan en pequeños grupos, se engalanan y pintan sus rostros para gustar a las muchachas. “Los bororo son uno de los últimos pueblos africanos que llevan una vida independiente, acorde a las leyes de la naturaleza y a sus tradiciones centenarias”, remarcaba el texto. En las fotografías que ilustraban el libro se veía a los hombres cortejando a las muchachas mediante sensuales danzas en las que ellas escogían a los más atractivos. El autor los situaba en Níger, en las llanuras sahelianas entre Agadez y Tahoua.

Le robé el libro a José Luis y salí corriendo hacia mi casa, donde desplegué sobre la mesa del salón el *Times Atlas of the World*. Me gusta el atlas del *Times* porque es tan aparatoso, con ese aspecto de incunable, que abrirlo requiere despejar el espacio de cualquier otro objeto que no sea el propio atlas. Cuando me lo regaló mi madre, con

apenas quince años, pasé semanas hipnotizado por la magnitud de aquellos trazos que llenaban la habitación de geografías. Permanecía horas mirando el recorrido de los ríos, señalando los puntos donde acababan los caminos o buscando nombres de lugares que nunca había oído.

Bueno, el caso es que llegué a casa y abrí el atlas por la lámina ochenta y nueve. Localicé pronto el área por la que se presumía andaban los bororo. Había una carretera entre Niamey y Agadez, pero a derecha e izquierda vi grandes extensiones en dirección al desierto sin señal de camino alguno. Allí vivían. Los bororo estaban localizados, pero me faltaba el viaje. Situé Tombuctú y entonces encontré el río Níger formando un extraño dibujo en el corazón del mapa. Seguí su curso hasta la cabecera observando que nacía en las montañas de Guinea Conakry y que en vez de lanzarse hacia el mar, como hacen todos los ríos, tomaba el camino del desierto. Parecía optar por un destino propio, errático, suicida, desafiando las leyes de la gravedad y la geografía. Durante más de mil kilómetros sus aguas parecían discurrir obstinadas en dirección a una muerte segura. Pero entonces, sin previo aviso, el río forzaba el giro creando una curva que evitaba el desierto dirigiéndose al mar, claudicando ante la lógica de los hombres, como si su resistencia no hubiese sido más que una concesión a los caprichos del cartógrafo. Sin embargo, en esa carrera desordenada, el río dejaba un dibujo sobre el mapa: una gran interrogante que sugería preguntas cuyas respuestas han circulado durante siglos de hoguera en hoguera a orillas del Níger.

Mirando el mapa hacia el oeste, vi Dakar y una línea férrea que la unía con el río Níger. Ya lo tenía todo: volaría a Dakar, tomaría ese tren y navegaría el río hasta Tombuctú. Desde allí trataría de llegar a Níger y buscar la forma de vivir con una familia nómada durante los días anteriores a la fiesta de casamiento.

La puerta de África Occidental

La mañana que llegué a Dakar, la ciudad se despertaba sin artificios ni promesas de exotismo. Desde el mismo taxi que me llevaba al centro tomé una decisión sobre lo que pensaba de ella.

–¿Primera vez en África, *monsieur*? –me preguntó el taxista.

–No señor, pero sí la primera en Senegal –le contesté.

–¿Viaja solo?

–Sí.

–Le gustarán las mujeres africanas. Aquí tiene mi tarjeta, llámeme si quiere una chica limpia y discreta –me dijo extendiendo un mugriento trozo de papel en el que figuraban sus datos.

Una visión apresurada de Dakar produce el deseo de salir corriendo en cualquier dirección. Parece haber sido construida para albergar un enorme suburbio norteafricano, una burda imitación de los arrabales parisinos o las afueras de Marrakech. Es como si la modernidad se empeñase en hacer cotidiana una arquitectura de la desolación que se repite sin un ápice de grandeza. Pero a pesar de su vulgaridad hay algo que insufla a Dakar la intrínseca necesidad de existir, algo que la hace imprescindible, no una ciudad de éstas que podrían perfectamente no haber sido. Dakar no, Dakar rebosa existencia, está viva, confusamente viva.

Un cartel en el aeropuerto anuncia: “Bienvenido a la puerta de África Occidental”. Tiene razón, Dakar es la ciudad en la que confluyen el África oral y las cosmopolitas pretensiones de las élites europeizadas, y Senegal es el más francés de los países africanos. En el reparto de la conferencia de Berlín, a Francia le tocó el África Occidental,

la franja saheliana que incluía desde el Atlántico hasta el actual estado de Níger. Ese inmenso territorio precisaba de una administración que se asentó en Dakar.

Mientras la colonización británica era por lo general respetuosa con las costumbres locales a condición de que no turbasen la paz pública y la seguridad del comercio, la colonización francesa fue más intervencionista, tenía un ideal: hacer del colonizado un ciudadano. La acción de Francia en África tuvo intenciones de apropiación política y de supresión de “lo salvaje”. El inglés no se mezclaba, extraía y dejaba estar, cucharada y paso atrás. El francés quería cambiar el mundo. Y Senegal fue uno de sus laboratorios.

En Dakar no quería estar más tiempo que el necesario para conseguir los visados y sacar un billete de tren a Bamako. Ni una cosa ni otra fueron fáciles de conseguir. En las embajadas de Mali y Níger los funcionarios disfrutaban de un horario flexible y en la estación desconocían el día de llegada del tren y, por tanto, también el de salida. Ante esa situación, dediqué mi tiempo a trazar una ruta triangular como la de los barcos esclavistas del pasado, aunque la mía sin tantas pretensiones: embajadas, estación, isla de Goreé.

La bajada desde la plaza de la Independencia hasta el embarcadero me parecía un trayecto delicioso. A los lados de la calle se agolpaban multitud de puestos callejeros que vendían baratijas a precios irrisorios. Entre los tenderetes deambulaban grupos de mujeres con anchos vestidos estampados que portaban sobre la cabezas bandejas con mangos, plátanos y frutos secos al tiempo que daban de mamar a su bebé. Mercancías vulgares e inverosímiles iban y venían del puerto. Todo fluía hacia y desde el mar. La ciudad entera hedía a pescado seco o en descomposición, al olor dulzón de la fruta madura que la brisa salada del mar mitigaba componiendo esencias extravagantes.

El transbordador que cruzaba a la isla de Goreé era de una eficacia que me hizo perderlo en dos ocasiones ante la infundada seguridad de que saldría a cualquier hora menos a la prevista. No disponía de comodidades superfluas ni de terrazas panorámicas que ofreciesen una perspectiva deslumbrante de Dakar. Tampoco desde el mar era hermosa. En cambio, al frente, Goreé apuntaba de lejos la sutileza de su perversa dulzura, esa candidez un tanto naíf que revela hasta qué punto el reciclaje es también un invento africano. Sin un libro de historia cerca sería imposible creer que ese islote, paradisiaco y diminuto, fue alguna vez cámara de tortura, antesala del terror para millones de hombres que hicieron allí su última escala de un viaje a las entrañas de la miseria humana. Goreé, desde el siglo XVI y hasta bien entrado el XIX, fue el lugar en el que confluían la mayoría de las rutas esclavistas de África Occidental con destino a América. El cálido mar que la rodea estaba entonces infestado de tiburones que se alimentaban de cuerpos inservibles, los de aquéllos que no eran seleccionados para el viaje o parecían incapaces de soportar las condiciones de hacinamiento que sufrían en la isla. El aroma de hoy, a muros encalados y guiso de arroz, se mezclaba en aquellos días con el hedor de la carne marcada a fuego y los despojos humanos que acechaban las orillas.

En el muelle, mientras el barco realizaba las maniobras de atraque, los niños se lanzaban al agua pasando sus cuerpos por delante del casco y nadando rápido hasta la orilla, donde pedían una propina por el atrevimiento. A mí me entraban ganas de darles un pescozón más que unas monedas, pero como nunca he sentido complejo de viajero educador terminaba dándoles las monedas... y el pescozón. A la salida del embarcadero, en la primera visita a la isla conocí a Abraham. Trabajaba como guía para una agencia de Dakar y sus clientes regresaban a la ciudad en el barco que me acababa de dejar. Se ofreció a enseñarme Goreé a

cambio de una cantidad que negociamos sin aspavientos. “Eso es del tiempo de Maricastaña”, así contestaba a las preguntas sobre la antigüedad de las casas de los esclavistas o de cualquier edificio con aspecto añejo, que eran la mayoría. Hablaba castellano mejor que yo y decía manejarse también en francés, inglés, wolof, peul, serer y diola. Tenía una boca amplia con dientes perfectamente alineados que brillaban cuando se reía como un gremlin malo. “Los diola de la Casamance somos muy diferentes a los wolof y al resto de las gentes del país. En el sur se trabaja duro. Las frutas, hortalizas y granos que ha visto en el mercado vienen de nuestra tierra y en cambio nada nos llega de aquí”, me decía. Su orgullo étnico le llevaba a afirmar que los diola eran trabajadores de la tierra que no especulaban como los comerciantes sarakolé o vagaban sin apenas producir como los pastores peul.

Hasta 1444 Goreé estuvo deshabitada. Los portugueses fueron los primeros en plantearse la posibilidad de utilizarla como punto de anclaje en sus exploraciones sistemáticas de la costa africana: era un lugar estratégicamente perfecto para controlar la navegación por la zona, con buen calado para los barcos y protegido de los fuertes vientos del Atlántico. Cuando el comercio marítimo comenzó a desarrollarse a gran escala, Goreé se convirtió en la presa más preciada en los repartos de las guerras entre naciones europeas. Durante dos siglos, la historia se repitió con regularidad: portugueses, holandeses, británicos o franceses desembarcaban y destruían el fuerte levantado por el ocupante anterior, construían uno nuevo, lo bautizaban con otro nombre y pasaban a defenderse del ataque de cualquiera de las otras potencias que... desembarcaba, destruía el fuerte, construía otro, le ponía nombre y vuelta a empezar. Así se mantuvo la vida en la isla hasta que los franceses se hicieron con un mando estable de la plaza y permitieron el “florecimiento pacífico” de la trata.

A lo largo del siglo XVIII Goreé vivió su edad de oro. En ese tiempo de Maricastaña, los tratantes construyeron los palacios que hoy conforman la fisonomía de la isla. Fue también la época de las grandes *signarés*, mujeres mestizas que se convirtieron en las reinas del lugar. Los dueños de las compañías esclavistas eran franceses e ingleses que no vivían en la isla y dejaban el manejo diario del negocio en manos de mujeres que alternaban las funciones de capataces y amantes de los propietarios. Ellas decidían la calidad de los esclavos, los marcaban y controlaban con firmeza durante las semanas previas al embarque hacia América. Los cautivos esperaban hacinados en cuartuchos húmedos cubiertos de excrementos y sin luz. Cuando llegaba el barco que les correspondía, y antes de volver a hacinarse atados con cadenas, estaban obligados a descargarlo y volverlo a cargar. Las naves solían llegar repletas de alcohol, armas, textiles y cuentas de cristal por las que los comerciantes cambiaban la mercancía humana. Hasta 1848, año en que Francia abolió la esclavitud, apenas hubo casas en Goreé que no sirvieran como depósito para este ignominioso negocio. Durante ese tiempo, en su pequeña rada, anclaron unas mil doscientas embarcaciones anuales que comerciaban con carne humana. El final de la trata no significó el abandono de la isla. Francia comenzaba a dar en esos días los primeros pasos para la colonización interior del continente y Goreé se convirtió en la base naval de esa operación. Frente a la isla, en tierra firme, se construyó un fuerte que complementaría ese proceso colonizador. Así nació Dakar.

Abraham me enseñó la llamada “casa de los esclavos”, un tétrico monumento a la estupidez humana que no posee color ni raza definida. Tenía dos plantas: la de abajo estaba dividida en celdas de entre doce y quince metros cuadrados que solían dar cabida a veinticinco o treinta esclavos separados por sexos y edades. En el patio de entrada a la casa, frente a la puerta de no retorno, un guía orondo

explicaba los detalles del cautiverio a un grupo de treinta norteamericanos de color. Lloraban a moco tendido mientras escuchaban al guía. Abraham observó la escena con una actitud poco romántica. “Ya quisiera yo que mi bisabuelo hubiese sido un esclavo –decía–. Ahora podría venir aquí a llorar bien gordo y con buenos equipos de fotos. A lo mejor hasta jugaría en la NBA”.

Todas las casas en Goreé habían sido diseñadas con la misma mentalidad. La falta de espacio obligó a los constructores a levantarlas muy juntas, dejando como calles estrechos pasillos de tierra roja que siglos después seguían sin asfaltar. Caminamos entre gruesos muros y fachadas estucadas en tonos ocres que contrastaban con los ventanales en madera y hierro forjado. A los actuales propietarios de las casas les gustaba pintar puertas y ventanas del color de las buganvillas que sobresalían por encima de los muros. No había nada en Goreé, excepto la casa de los esclavos, que recordase las pesadillas del pasado.

De salida, en el embarcadero, los niños que antes pedían monedas por jugarse el pescuezo, meneaban ahora sus cuerpos al ritmo de la música que sonaba en uno de los bares del puerto. No parecían tener más de seis o siete años y bailaban retorciendo las caderas con movimientos inverosímiles para su edad. Las niñas llevaban atados a la espalda a sus hermanos pequeños que con sólo unos meses ya sentían la transpiración del baile penetrándoles en el cuerpo. Montados en el barco de vuelta a Dakar, Abraham me sorprendió con un comentario que no esperaba: “Si realmente le interesa conocer África, tire su libro y pregunte a la gente, ellos le dirán lo que quiera saber”.

Hijos del Gran Kan

De los viajes imaginarios que nacieron frente al panel informativo de Barajas, sólo uno mereció la dedicación necesaria para convertirse, de inmediato, en un viaje real. El que empezaba en Moscú y debía terminar en las estepas de Asia central me llevó enseguida a comprar mapas, marcar rutas y conseguir la escasa documentación disponible sobre la Unión Soviética y Mongolia. En aquellos días, aún no se había oído hablar de la *perestroika* y el muro de Berlín se encontraba en su sitio. Pronto comprendí que era imposible plantear, en serio, un proyecto como aquel: viajar por libre, cruzar de Europa a Asia en el Transiberiano e intentar vivir en la estepa con una familia nómada no le estaba permitido a un occidental en aquel momento.

Cuando se concretó la idea del libro, el primer viaje que recuperé mentalmente fue éste. La desintegración de la Unión Soviética y la apertura de los países que antes pertenecían al bloque comunista mostraban a la nueva Rusia y a Mongolia, ahora más que nunca, como lugares inquietantes, sitios en los que se producían cambios radicales y acelerados. Rusia era el epicentro de la convulsión: segregaciones, golpes de estado y quiebras financieras. En la década de los ochenta apenas pude conseguir información; ahora caía sobre nuestras cabezas en avalancha, desordenada y confusa, pero información al fin y al cabo. En cambio, ¿qué sabía de Mongolia? Nada, como casi todo el mundo.

Había visto la película *Urga*, en la que un nómada mongol, llamado Gombo, era enviado por su mujer a la ciudad para comprar preservativos. Al llegar a la farmacia le dio vergüenza y se volvió con un televisor y una bicicleta. Aparecían escenas de amplias praderas, ríos y montañas

vírgenes salpicadas con las tiendas de los nómadas. Leí en algún sitio que se trataba de uno de los países con menor densidad de población del mundo y mayor porcentaje de nómadas, el 50%. Sabía que en la Edad Media, liderados por Gengis Kan, conquistaron Asia y estuvieron a la puertas de Europa y que, en este siglo, durante setenta años, fueron un satélite de la Unión Soviética. ¿Y qué más? Eso era todo. Pocos lugares me espoleaban tanto la curiosidad como Mongolia. ¿Seguirían siendo los hijos del Gran Kan fabulosos jinetes capaces de recorrer largas distancias sin probar alimento? ¿Habría podido el comunismo sedentarizar a los nómadas e industrializar el país? ¿Existirían esos escenarios desbordantes de naturaleza que vi en la película *Urga*?

Rebuscando entre papeles propios y ajenos, que es como toman forma los viajes, encontré un artículo de un especialista mongol que hablaba de la situación actual de los nómadas. Decía que a finales de los años veinte, cuando se inició la colectivización del ganado, muchas familias prefirieron matar a las reses antes que entregárselas al gobierno y que, después de tantos años, el paso a una economía de mercado tampoco les estaba resultando fácil. Afirmaba que Mongolia seguía siendo un país de nómadas y hacía mención a una etnia muy particular con la que él había estado trabajando: los tsatan. Según aquel artículo, sólo quedaban doscientos individuos que vivían en una de las áreas más remotas y aisladas del país, cuidando renos y luchando contra la genética para evitar su desaparición. Lo firmaba un tal S. Mam, de la Universidad de Ulan Bator.

Después de leer al señor Mam, tuve claro el viaje que pensaba realizar. Volaría a Moscú, viajaría en el Transiberiano hasta la capital mongola y trataría de localizar al hombre que firmaba ese artículo para que me ayudase a llegar hasta los tsatan. La casualidad situó en mi camino otro contacto que me daría cobijo en Moscú y se

terminaría convirtiéndose en uno de esos amigos que van quedando desperdigados por el mundo, una de esas pequeñas excusas para regresar.

Un verano moscovita

La primera noche, después de cenar, Vladimir me invitó a ver la televisión. Se queda embobado delante de ella hasta altas horas de la madrugada, le gusta y lo necesita para su trabajo. Antes, sólo emitían conciertos de música clásica, los discursos del secretario general del Partido Comunista y películas de buenos y malos en las que los rusos eran los buenos y los norteamericanos los malos. Ahora hay decenas de canales internacionales con más anuncios que programas. Había leído que a los rusos les encantaba la televisión y enzarzarse en interminables discusiones sobre cualquier tema.

Hicimos *zapping* por los canales musicales hasta detenernos en un programa que cada semana recordaba los hechos sucedidos durante un año de la historia reciente de Rusia. Ese día tocaba el año 1976. En la pantalla apareció el *Politburó* majestuoso, con un enorme retrato de Lenin de proporciones gigantescas y miles de muchachos de las juventudes comunistas aplaudiendo de forma compulsiva las consignas que, desde el estrado, lanzaban los dirigentes del partido. Se preparaban para ir a Siberia y ayudar en la construcción de una línea ferroviaria paralela al Transiberiano: un proyecto faraónico de tres mil cuatrocientos kilómetros en una de las zonas más inhóspitas del planeta y que haría posible la explotación de las vetas mineras al norte del país. Cien mil voluntarios, cuyos representantes enarbolaban grandes banderas, estaban listos para emprender la marcha.

Después del documental varios de aquellos jóvenes, que ya no lo eran tanto, se enzarzaron en una apasionada

discusión sobre la naturaleza de una empresa que nunca llegó a concluirse. Para unos, la muerte de cientos de ellos como consecuencia del frío, las enfermedades y los accidentes no fue sino el precio a la generosidad de un pueblo para con su patria. La mayoría afirmaban haber sido forzados a presentarse como voluntarios y no veían en la aventura más razón de ser que las ansias megalómanas del partido en el poder. Se discutía con calor, nada que ver con la imagen tópica del ruso acartonado y gélido como un invierno moscovita. Vladimir disfrutaba con la escena: “Hace unos años, esto hubiese sido impensable. Un tipo llamando megalómano al Partido Comunista, parece increíble. ¿Entiendes lo que te digo cuando afirmo que las cosas están cambiando muy deprisa?”.

Vladimir Clavijo-Telepnev, así se llamaba. Su padre era colombiano y su madre de origen noble, descendiente de Iván el Terrible. Trabajó como reportero de guerra en Afganistán, Georgia y Chechenia para convertirse, con el capitalismo, en uno de los cuatro fotógrafos de moda más cotizados de Rusia. Cuando leí *El maestro y Margarita*, de Mijail Bulgakov, una obra maestra de la literatura en la que el demonio se aparece en Moscú montando un lío descomunal, me hice una imagen un tanto difusa del profesor Voland, el diablo de Bulgakov. No conocía a Vladimir antes de aquel viaje y al verlo en el aeropuerto, el día de mi llegada, supe que era el mismo Voland en persona: vestido de negro, con el pelo largo ligeramente ondulado sobre los hombros y una perilla afilada pensé que no podía ser otro; quizás el de Bulgakov fuese algo más delgado. Vivía solo en una casa con techos altos junto al estadio del Dinamo de Moscú. Recuerdo de aquella casa una bañera antigua de cobre, reluciente y profunda, y varios iconos heredados del ala noble de la familia.

Esa noche nos acostamos tarde y me desperté sin ninguna duda sobre la personalidad de Vladimir; no podía

ser otro que el protagonista de *El maestro y Margarita*. En su visita a la ciudad, el profesor Voland, además de confundir a los moscovitas con cambios de escenarios, apariciones y desapariciones, había dejado desnudas a dos mil personas a la salida del teatro. Cuando por la mañana abrí los ojos, encontré a los pies de la cama una mujer monumental con tan sólo unas braguitas y desnuda de cintura para arriba. La habitación no tenía puerta y vi por el pasillo pasar a otras dos mujeres en parecidas circunstancias. Era Voland y yo me había metido en su casa, la casa del diablo. La chica, al verme despierto, me saludó con toda naturalidad. Saqué unos deditos por encima de la sábana y le devolví el saludo con una mueca de circunstancia. “Ah, se me había olvidado decirte que hoy empezaría pronto a trabajar, pero puedes entrar al baño si quieres”, me dijo Vladimir al pasar a revisar el maquillaje de la modelo. De noche su casa era un lugar casi normal; durante el día pasaba a ser un estudio fotográfico al que llegaban las mujeres más bellas que he visto nunca de cerca.

En Rusia nada es lo que parece. La lengua rusa es rica en palabras que definen el engaño; no la mentira burda y zafia sino el sutil juego del despiste, el arte de superponer realidades hasta convertir los hechos y los escenarios en complejos entramados novelescos. El conde Grigori Potiomkim fue un maestro de la simulación. Era el favorito de Catalina II y se encargaba, en el siglo XVIII, de construirle a la zarina decorados de pueblos impolutos donde los campesinos se mostraban felices como en una escenificación cortesana. Potiomkim preparaba cada detalle para que ella viajase por el país creyendo gobernar una nación próspera.

“El pueblo de Potiomkin” se dice en la actualidad a cualquier mascarada montada por el gobierno para disfrazar la realidad. La vieja Rusia fue la impulsora del invento, pero en ninguna época como en la soviética se ha

trabajado con tanta sofisticación el hacer creer lo que no es. Ryszard Kapuscinski recoge al final de su libro *El Imperio* un texto del escritor Yuri Bórev en el que compara la historia de la URSS con un tren en marcha:

“El tren se dirige hacia un futuro luminoso. Lo conduce Lenin. De pronto: stop, se han acabado las vías. Lenin apela a la gente pidiendo que trabaje horas extras los sábados; se colocan más vías y el tren puede continuar viaje. Después se pone a conducirlo Stalin. Y también se acaban las vías. Stalin manda a fusilar a la mitad de los revisores y los pasajeros, y obliga a los demás a colocar vías nuevas. El tren se pone en marcha. Jruschov sustituye a Stalin, y cuando se acaban las vías ordena desmontar las que el tren ha dejado atrás y colocarlas delante de la locomotora. Jruschov es sustituido por Brézhnev. Cuando vuelven a acabarse las vías, Brézhnev dispone que se corran las cortinas de las ventanillas y que se balanceen los vagones de tal manera que los pasajeros crean que el tren continúa en marcha”.

Según las cifras más optimistas, sesenta millones de rusos murieron a lo largo de este siglo en las dos guerras mundiales o en los campos de trabajo siberianos. La coartada era, esta vez, el desarrollo y la libertad. “Hay que limpiar la tierra rusa de todo bicho nocivo”, diría Lenin en enero de 1918, “... aplastar sin misericordia los brotes de anarquía entre borrachos, gamberros, contrarrevolucionarios y otros individuos”. Bichos eran los vagos, los seres extravagantes, los administradores locales, los dueños de propiedades, los religiosos... había bichos entre los estudiantes, los artesanos, los médicos y los telegrafistas; era un bicho cualquiera que pusiera en duda la integridad del nuevo hombre que estaba a punto de nacer y, sobre todo, los intelectuales; “... sí, se han cometido errores, pero ¡mira qué desastre! ¡Qué injusticia! Consumirse en gimoteos por un intelectual podrido...”, ironizaba Lenin cuando Gorki se quejaba de los abusos. Debía pensar como

Albert Camus que: “La verdad, como la luz, ciega. La mentira, por el contrario, es un bello crepúsculo que realza cada objeto”.

Unos dos mil quinientos escritores sufrieron represalias, y de ellos casi dos mil fueron fusilados o desaparecieron en los campos del *gulag*. La Lubianka, sede del KGB, guarda los expedientes de algunos de ellos con frases y códigos que son verdaderas obras de arte en el terreno de la ambigüedad y la sutileza literaria. Como ejemplo las de los detenidos bajo el epígrafe: “Diez años sin correspondencia”. En teoría, diez años en Siberia sin posibilidad de comunicarse con sus familiares que, pasado ese tiempo, esperaban el retorno del ser querido, pero éste no se producía. La traducción literal de “diez años sin correspondencia” era el fusilamiento.